

LEYENDAS I TRADICIONES

POR ENRIQUE DEL SOLAR.

Muchas son las leyendas ora tiernas i sentidas, ora grandes i heróicas, que el tiempo ha dejado atras envueltas en el silencio de un hogar desgraciado o en el humo de los combates; i sin embargo esas leyendas encierran ejemplos de virtudes, en donde el pueblo debe aprender i formar su corazon.

Cuando en las largas noches de invierno, sentada la abuelita, que frisa ya con los ochenta i rodeada de los nietos i de los hijos de la vecina de en frente que se aparejan a escucharla, cuenta lo que vió en sus mocedades, al compas del fuego que chisporrotea, los niñitos graban en la memoria esos cuentecillos; disparan en risa si versan sobre alguna vieja que cuando andaba Manuel Rodriguez por esos mundos de Dios lo escondió debajo de su cama i lo tapó con mucho disimulo con su rebozo; sueñan con guerras i al otro dia alborotan la casa con sus tambores espadas i fusiles, si versan sobre los actos heróicos de los que nos dieron patria i lloran o tiemblan; si el cuento es de aquellos en que una maldita bruja por un quítame allá esas pajas, se tragó de un solo bocado a un niñito que no quiso obedecer a su abuelita.

Estas escenas de familia son el vínculo que pone al habla la jeneracion que se levanta con la que ya declina; son la llave para arrancar al olvido los hechos pasados que deben enseñarnos i formarnos. No dar al olvido esos hechos es la mision de los que se dedican a escribir las leyendas i tradiciones nacionales, jénero literario tan bello como lleno de buenos resultados, si son tratados con solo el fin de moralizar i de enseñar i no con el de recrear la fantasía i muchas veces el sentimiento extraviado.

Don Bartolomé Mitre, en la República Arjentina, Ricardo Palma en el Perú, don Miguel Luis Amunátegui i Enrique del Solar en Chile han cultivado este jénero; en el libro que este último ha publicado últimamente con el título de *Leyendas i Tradiciones* vamos a ocuparnos someramente; sobre los otros autores no emitimos nuestro juicio no tanto porque no lo tengamos formado, cuanto

porque es tal, que no reconocemos autoridad en nuestra palabra para emitirle con sencillez i entereza.

El libro de Enrique del Solar no es un trabajo histórico, como es, por ejemplo, el de don Bartolomé Mitre; toma los asuntos cuál de la historia, cuál de las tradiciones orales, i lo exorna de manera a hacer muchas veces de un asunto de poco interes, una leyenda amena i delicada, con el estilo que lo caracteriza i que es conocido de nuestros lectores.

El nombre solo de nuestro amigo es grande parte para que los lectores conozcan el mérito de su obra; la somera reseña que de ella haremos, será solo la felicitacion i la palabra de aliento del amigo; palabra, si bien desautorizada, llena de sinceridad i de cariño.

El libro en que nos ocupamos es el primero de los dos o tres tomos de que constará la coleccion; forma parte de este primer tomo: *El Indio don Juan, La Peña de los Enamorados, La Vision de Petorca, Un robo sacrílego i Una aventura de Ercilla.*

Sobre *La Peña de los Enamorados* nada diremos, pues los lectores de LA ESTRELLA DE CHILE la conocen demasiado: fué la triunfante en el certámen que el año 1873 abrió el periódico; ántes que la nuestra, debemos exponer la opinion que de ella se formaron los jueces que adjudicaron el premio a *La Peña de los Enamorados*. El dictámen dice entre otras cosas: "En *La Peña de los Enamorados* no se encuentra esa fraseología insustancial con que los ingenios pobres tratan de cubrir la carencia de ideas. Su estilo es sobrio de flores, da mas valor al pensamiento que a la manera de expresarlo, sin que por esto falten imágenes naturales, i sencillas que prestan a la narracion ese bello colorido i esos atractivos con que la poesía recrea e interesa. Su lenguaje castizo i puro, florido i elegante, llama la atencion i revela, como lo hemos dicho, una pluma ejercitada i un trato frecuente con los maestros del idioma."

Despues de tan autorizada opinion nada podemos decir sobre *La Peña de los Enamorados*, i como dice el adajio: el estilo es el hombre, en todas las demas leyendas que componen el librito en que nos ocupamos se distinguen a primera vista esa elegante pureza en el decir i esos golpes maestros de que hicieron mérito los jueces para asegurar a *La Peña* el honroso lugar que le correspondia

En *El indio don Juan* ofrece una interesante orijinalidad; los sufrimientos de un corazon que late jeneroso, apesar de su cubierta cobriza; el jenio chispeando en una frente tostada i brillando en una mirada semi-salvaje, dan al personaje de la leyenda cierto tinte simpático i misterioso que el autor sabe realzar, dándolo a conocer al lector, con la frente coronada con la nieve que sobre ella depositaron los años i las desgracias, i llorando sus memorias al son de su laud.

La Vision de Petorca es una leccion que el autor ha trascrito

del corazon del pueblo i como tal está destinada a moralizarlo; leccion que debe llegar a sus oidos porque les enseña donde está la pendiente del mal, i qué es lo que necesariamente se encuentra al fin de ella. El tinte supersticioso que en ella se nota es el carácter que conviene a la narracion, pues no de otro modo se debe encontrar en los labios de los mineros i sencilla jente del pueblo.

Un robo sacrílego es una tradición oral mui conocida i que el autor expone con mucha gracia. Es sabido que en tiempos no lejanos hubo un escritor conocido, que despues de haber estado en Chile, hacia cargos a esta sociedad, i entre ellos figuraba el que en las iglesias amarrasen los candeleros para evitar robos; i el bueno del crítico hacía incapié en esta usanza española, para suponer en triste estado la sociedad de Santiago. ¿Quién sabe si *El robo sacrílego* de Enrique del Solar no tiene alguna conexion con esa crítica? Tenemos para nosotros que sí, pues ha dado márjen a mas de una alusion, tal i tan picaresca, que ni me pasa por pensamiento el expresarlas: pero, sea como se sea, la leyenda tiene chispa e interes.

Ya que hemos hablado en particular de estas tres últimas leyendas, vamos a hacer notar un defecto que, a nuestro sentir, resalta en todas tres i que no está en otra cosa que en la distribucion de la narracion. El autor narra el hecho dándole un estilo de crónica que se opone al interes del relato. Esa continuidad en la narracion encierra monotonía, esa obligacion que impone al lector de concretarse solo al héroe i seguirlo sin descansar hasta el desenlace de la accion, cansa i hace perder en delicadeza e interes a la leyenda. Creemos que sea cual fuere la estension i complicacion del asunto, el mejor modo de desarrollarlo es por medio de cuadros mas o ménos estensos, de descripciones no mui prolijas i diálogos naturales i lijeros.

Pasaremos a la última leyenda, *Una aventura de Ercilla*, que, a nuestro sentir, es la mejor de la coleccion i entendemos que es la que el autor fundadamente prefiere. El argumento de esta leyenda, tomada de la vida del célebre autor de *La Araucana*, es interesante, tanto en sí, como en el modo con que está tratado. Lo que distingue a todas las leyendas de Solar, que son esas descripciones llenas de verdad i de la mas delicada poesía, en *Una aventura de Ercilla* predomina a todas luces; todos los caracteres están perfectamente delineados, i las costumbres de la época retratadas en todos i en cada uno de los detalles de la obra; toda ella tiene cierto tinte de antigüedad i en todos los personajes se ve esa hidalguía caballeresca que caracterizaba a los hombres de la colonia en tiempo de don García Hurtado de Mendoza.

La figura de don Alonso de Ercilla es tan simpática como la quiere pintar el autor; la nobleza, la jenerosidad i el valor se unen i se dulcifican dominados por el amor que profesa a Ines; amor, como de guerrero, vehemente, i como de hidalgo, noble i delicado; el autor ha conseguido su objeto: su leyenda es la apo-

lojía de Ercilla i nadie que la lea puede ménos de amar al bardo guerrero e inmortal autor de *La Araucana*.

Frai Fernando es tambien uno de los caractéres mas bien llevados de la leyenda; ese corazon jeneroso que siempre distinguió a los misioneros de América i el prestigio que siempre supieron conquistarse por sus virtudes están retratados en ese hombre de Dios que figura en la leyenda como ángel de paz i de conciliacion.

En jeneral, todos los caractéres, todos los personajes son dignos de la pluma elegante de Enrique del Solar, pero entre todos descuella la figura de Ines, en que el autor ha personificado la inocencia i la enerjía, la altivez i el sacrificio: hubiéramos deseado que Ines hubiera tenido algunos años mas, pues en una niña de dieziseis años que no habia aspirado jamas sino el ambiente de su hogar o el aura de las orillas del Cauten, sino completa inverosimilitud, hai algun tanto de dificultad para suponerle los actos que cuenta la leyenda. Pero esto es insignificante, quizá una apreciacion infundada de nuestra parte, miéntras que la leyenda está llena de bellezas que analizaríamos, si la corta extension que debemos dar al presente artículo no nos lo impidiera. Cuando la pobre niña ve destrozada su alma ante la fuerza de sus sufrimientos; cuando ve a su padre i a su amante, prisioneros i condenados a muerte, no sabe dividir su dolor entre ámbos, porque por ámbos sufre, por ámbos moriria; pero las palabras que el autor pone en boca de la niña, son, a nuestro sentir, un rasgo grandemente hermoso. Ines dice a frai Fernando, que va a ver a su padre i a su amante prisioneros: “Decidle, padre mio, mi dolor i mis lágrimas. ¡Ai de mí! El (su padre) talvez piensa que solo vierto llanto por el infortunio de mi amante; pero el cielo me es testigo de que mi corazon está destrozado, i que entre mi padre i el hombre que me ha prometido ser mi esposo, mi corazon no podria elejir a ninguno de los dos! Por ámbos igualmente sufro, por los dos pido al cielo, i a estar en mi mano el salvar al uno o al otro, expiraria de dolor al elejir a mi padre.” Esta última idea, en boca de una inocente mártir de su grandeza de alma, encierra una poesía i una ternura que arranca lágrimas, como muchos otros de los pasajes de *Una aventura de Ercilla*.

Las *Leyendas i Tradiciones* de Enrique del Solar, están, pues, llamadas a tener una magnífica aceptacion en nuestra sociedad, i a añadir una hoja mas a la corona que las letras han tejido ya a nuestro distinguido amigo. Esperamos con ansia la publicacion del segundo tomo de las *Leyendas i Tradiciones* i, tenemos para nosotros que, la buena aceptacion que el primero ha obtenido, será grande parte a que nuestro ilustrado amigo satisfaga en breve nuestro deseo. Entre tanto, reciba nuestras ardientes felicitaciones i nuestra palabra de aliento, tan entusiasta como sincera i cariñosa.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

EL PASEO DE SANTIAGO. (1)

(FRAGMENTO.)

Todos por las calles marchan,
Todos el paso apurando,
Que con tan grande jentío
I en tal dia, será escaso
A dar a todos cabida
De la plaza el ancho espacio.

Las ancianas van luciendo
Trajes de antiguo guardados;
Refunfuñando, los viejos
I gritando los muchachos.
Van las muchachas galanas,
Como en Diciembre los campos;
I los esbeltos mancebos
Luciendo ante ellas su garbo.

I van llegando los nobles
En sus soberbios caballos,
I la estruendosa algazara
Cunde en la plaza entre tanto.
I cunden los pisotones,
El vaiven i los codazos,
I se cruzan los insultos,
Vuelan sombreros en alto,
I carcajadas resuenan,
I resuenan los aplausos;
I las viejas se santiguan,
Chilla un niño pisoteado,
I los hombres se interponen
I en un amistoso abrazo
Termina la confusion,
La grita i el sobresalto;
Pues, el dia de la fiesta
Del gran apóstol Santiago

(1) Gran procesion ecuestre que, en tiempo de la colonia, celebraba esta capital con gran pompa el dia de la fiesta de su patrono el Apóstol Santiago.

No es de sustos ni de angustias
Sino de placer i cantos.

Ya en la mañana, sonoras
Las campanas repicaron
Difundiendo la alegría
I a la ciudad anunciando
Que en la Catedral la fiesta
Del patrono venerado
Iba a celebrarse entónces
Con desusado aparato.
Ya el Presidente i la Audiencia,
El Cabildo i todos cuantos
Brillaban por sus riquezas,
Por su linaje o su mando,
La misa habian oido
I un sermon pesado i largo;
I la procesion solemne
Habian acompañado,
El Presidente i la Audiencia
Tras de la imájen del Santo
I delante los magnates,
Cada cual segun su rango,
Al son de las letanías
Con sus cirios alumbrando.

Cuando que era medio dia
Las campanas anunciaron,
Grande clamor levantóse
De entre el jentío compacto
Que la ancha plaza llenaba
Por ver el porte bizarro,
La riqueza de los trajes
I el fuego de los caballos,
De los nobles caballeros
I de los bravos soldados
Que han de lucir esa tarde
Su jentileza i su garbo.

Desde que el rojo estandarte
La bondad del Soberano
Dió a la ciudad, en el dia
Del gran patrono Santiago,
Nunca aquel sagrado emblema
Ingrata dejó olvidado.
Siempre con pompa solemne
I majestuoso aparato

Condújole por sus calles
Jubilosa vitoreando;
Mas nunca tanta riqueza,
Tanta gallardía i fausto
Deslumbraron los sentidos,
Para el alma fueron pasmo,
Como cuando dirijía
A Chile, prudente i sabio,
El bizarro caballero,
El valiente i noble Cano.

De súbito los clarines
I campanas resonaron
I un solo grito en la plaza
Salió de todos los labios.
A la puerta de la iglesia
El Presidente gallardo
I su noble comitiva
Majestuosos asomaron.
En medio de ellos se alzaba
El estandarte encarnado
Que a la ciudad simboliza,
Al aire suelto, ondeando.
I cabalgaron al punto
En los briosos caballos
Que los pajes de la brida
Sujetaban con trabajo.

De rojo i gualda vestida
Entre el tumulto abre paso
La real infantería
Una ancha calle formando.
Por ella la comitiva
Fué desfilando despacio
Para dar tiempo a los ojos,
Por su brillo deslumbrados,
De contemplar los primores
De su riqueza i su fausto.

La brava caballería
Que al indómito araucano
Ha vencido en sus hogares
I ha perseguido en sus campos
Va la procesion abriendo,
Formados de a cuatro en cuatro,
I en pos otros escuadrones
De bizarros veteranos.

Síguenlos los caballeros
De brocados i de raso
Vestidos, en donde brillan,
Dando al sol reflejos claros,
Cadenillas de oro, perlas,
Diamantes i todo cuanto
Inventa la fantasía
De mas lujoso i mas caro.

I si los trajes suspenden
Mas suspenden los caballos
Que van a compas hiriendo
Los estribos con sus cascos.

Dos pajes rijen la brida
I otros dos van a los lados
Las ancas de los corceles
Suavemente golpeando.

Todos compiten en lujo
Todos en porte gallardo
Si uno la vista suspende
Es otro a los ojos pasmo.

Sigue despues el Cabildo
Que en lucimiento i en garbo
A nadie la palma cede.
En medio de él lleva en alto
Levantado el Real Alférez
El estandarte, a sus lados
Los dos alcaldes caminan
Sendas borlas sujetando;
En pos la Audiencia imponente
I sus jueces i plumarios,
Delante los inferiores
I detras los de alto rango.

Visten los nobles oidores
Traje riquísimo i caro:
Es de negro terciopelo
De seda blanca bordado.
Golilla i puños de encaje,
I la capa sujetando
Cruzan cadenillas de oro
El pecho en tejido extraño.
Sobre la peluca llevan
Un sombrero negro i ancho

En que perlas i rubíes,
Que lanzan vívidos rayos,
Con gracia al lado siniestro
Prenden un penacho blanco.

I mas que todos lujoso,
I mas que todos bizarro,
Va presidiendo a la Audiencia
Con jentil donaire, Cano.

Un potro overo cabalga
Que va brioso bufando,
Miéntras a compas golpea
Con el oro de sus cascos
El suelo, i de blanca espuma
Se salpica el pecho i brazos,
Cual si mostrar pretendiera
Que va de su dueño ufano.

Es cortés el Presidente
I cual ninguno gallardo,
I va afable respondiendo
De la turba a los aplausos.

“¡Qué galan!” dicen las viejas,
I las muchachas, “¡Qué guapo!”
I todos “¡Dios nos lo guarde!”
Van exclamando a su paso.

I sigue la procesion
Entre el jentío compacto
I a casa del Real Alférez
Lentamente va llegando;
Do en los suntuosos salones
Empieza un rejio sarao,
A tan excelsos magnates
Correspondiente agasajo.

Allí la abundancia reina;
I los manjares mas caros
En vajilla de oro fino
Sirven lujosos criados.

Los caballeros ostentan
Su jentileza i su garbo,

I sus joyas i sus trajes
En forma i colores varios.
Telas i piedras preciosas
Lucen las damas en tanto,
Realce de su nobleza,
I de sus gracias ornato,
Que sus padres i maridos
En noble lid conquistaron.

Al compas de dulces sonos
Van en sus jires mostrando,
Su donaire, los mancebos
I las damas, sus encantos.
I en tanto que cunde el gozo
I que resuena el aplauso,
Entre los blandos acordes,
I entre el aire perfumado,
Resbala de los amantes
El ardiente "Yo te amo,"
I de tímidas doncellas
Suspiros entrecortados.

Allí rinde el caballero,
Con labio sencillo i franco,
Todo el amor de su pecho,
Todo el vigor de su brazo.
Allí la vírjen responde,
Con inocente recato,
I va el carmin de su frente
Su casto amor revelando.

¡Dichosos tiempos aquellos
De oscurantismo i atraso,
En que ostentaba lo suyo
El que podia ostentarlo!
¡Dichosos, cuando el amor
No era mezquino contrato,
I era virtud la franqueza
I la timidez encantos!

Hoi somos iguales todos:
E iguala un frac desairado
Lo diforme de los unos,
De los otros lo gallardo.

Hoi somos todos iguales:
I gasta lujoso fausto

El que nació en la opulencia
I el que ayuna por gastarlo.

En vez de triunfos sangrientos
De esos tiempos semi-bárbaros
En que vencía la fuerza,
Hoi el jóven luce ufano
Los triunfos que dió a sus vicios
Con arterías i engaños.

Hoi de la tímida vírjen
El inocente recato
Avergüenza la coqueta
Con su jentil desenfado;
De joyas falsas vestida,
A falsos enamorados
Con falsa risa promete
Mentida fé i amor falso,
I son de su falso pecho
Falsos carmines retrato.
¡Dichosos tiempos aquellos
De oscurantismo i atraso!

Agosto de 1875.

RAIMUNDO LARRAIN C.

BIBLIOGRAFIA.

Acaba de publicarse en esta capital una obra que viene a llenar una verdadera necesidad en la enseñanza de la historia en nuestros colejos. La Historia Contemporánea, la mas importante de todas, estudiábase hasta ahora imperfectamente por la falta de un texto adecuado, de un texto suficientemente extenso, metódico i claro. Ese inconveniente acaba de salvarse con la publicacion de una obra elemental de Historia Contemporánea arreglada en vista de las de J. Chantrel i M. Courval por un jóven profesor del ramo en uno de los colejos de Santiago.

El nuevo texto que se ofrece al público, no es, como lo dice su autor, una obra orijinal, pero es, a nuestro humilde juicio, un exelente texto.

Está dividido en tres partes: la primera abraza desde la revolución francesa hasta el congreso de Viena; la segunda desde este congreso hasta la caída de Luis Felipe i la tercera desde este memorable acontecimiento hasta nuestros días: división que facilita el estudio, que contribuye a fijar las ideas del estudiante i que estaba marcada por la importancia de los sucesos.

La revolución francesa, el más trascendental acontecimiento que hayan presenciado los últimos siglos, vuelco gigantesco del pasado i base de la organización política de nuestras sociedades, ha sido estudiada en el libro en que nos ocupamos con toda la detención que lo permite un texto elemental. El primero está consagrado a investigar las causas que en el orden político, administrativo i religioso i aun en las artes, en la filosofía, en la ciencia i en las letras prepararon esa revolución que trajo tantos males al mundo pudiendo haberle traído grandes bienes, si otro espíritu la hubiera animado. Esas causas han sido señaladas con claridad i método, distinguiendo aquellas que remotamente contribuyeron a preparar ese gran cataclismo i las que precipitaron a la Francia en esas escenas que aun se recuerdan con espanto, porque aun amenazan al mundo civilizado los fanáticos sectarios de una doctrina impía i sanguinaria.

Las terribles jornadas de la revolución, las matanzas del Terror i las valerosas luchas contra los extranjeros están allí descritas con talento i animación. El alumno puede darse una idea exacta de esos acontecimientos, conocer su desarrollo, apreciar sus consecuencias.

En los principios proclamados por la revolución francesa había mucho que la razón rechaza, que choca abiertamente con los principios del catolicismo; pero no todo en ellos es digno de vituperio. Léjos de eso, más de una de las diecisiete proposiciones de la declaración de los derechos del hombre, encierra principios que son una preciosa conquista de nuestro tiempo i que de ninguna manera ofenden el espíritu católico. La historia de que queremos dar aquí una ligera idea no lo ha olvidado i ha sabido distinguir entre lo que había de verdadero i justo en aquella declaración i lo que contenía de falso i pernicioso.

Los hechos referidos en el nuevo texto alcanzan hasta el presente año. Los gravísimos sucesos que ha presenciado la Europa en los últimos cinco años han sido expuestos con bastante detención. Tal vez alguien reprochará la importancia que se da en el texto a los acontecimientos de la Francia; pero es necesario tener en cuenta la influencia que esos acontecimientos han tenido en el orbe entero. La revolución francesa no fué un suceso que afectara solo a la Francia, fué un movimiento que ajitó a todos los pueblos civilizados, que encontró elementos preparados en todas partes i en todas levantó tempestades de proporciones más o menos grandiosas. Napoleón paseó sus águilas vencedoras por el suelo de la Europa entera, ejerció sobre ella una

influencia absoluta i la historia de su imperio explica la de todos los paises europeos i aun encuéntrase en ella la causa que precipitó la revolucion hispano-americana.

Era, pues, necesario dar mayor ensanche a esta parte de la obra, a fin de que los jóvenes estudiantes pudiesen apreciar debidamente la marcha política de los últimos tiempos. La revolucion de Julio, la de Febrero, la política de Napoleon III, han influido mas tarde poderosamente en los destinos de todos los pueblos i por eso tienen en el texto en que nos ocupamos un lugar preferente.

La historia contemporánea americana ocupa tambien algunas pájinas de la obra. Por nuestra parte, habríamos deseado que su autor hubiese dado mas ensanche a esa parte de su libro i no se hubiese concretado a dar apénas una lijera idea de la marcha de los pueblos americanos despues de su independenciam. Lamentable es la ignorancia en que vivimos los americanos de lo que pasa mas allá de nuestras fronteras, en tierra de nuestros hermanos. Ni su historia, ni su literatura, ni sus adelantos en las ciencias i las artes nos son conocidos. Ya que en los textos de historia de América se ha dejado a un lado su historia contemporánea o apénas se la ha tratado de paso, hubiéramos visto con gusto que en el libro en que nos ocupamos se hubiera reaccionado dando toda la importancia a los acontecimientos que han ajiado a la América durante los últimos cincuenta años.

Los portentosos descubrimientos de nuestro siglo, las conquistas de la ciencia, las bellas letras, los progresos de las artes, no han sido olvidadas: en cada una de las partes de la obra han sido separadamente estudiados.

Sin esos datos la historia es solo una compilacion de hechos i de fechas; con ellos abarca todo el desarrollo de la civilizacion, todo el desenvolvimiento de las naciones i permite al alumno tener una idea exacta de la influencia i de los acontecimientos que se refieren.

Otro mérito tiene la obra i es su estilo conciso a la vez que correcto i elegante. Mérito es este que está mui distante de adornar las varias obras de enseñanza que andan en manos de todos i en las cuales es frecuente el tropezar aquí con un enorme gaza-paton, mas allá con un galicismo o chilenismo de tomo i lomo.

Por su extension, por su método, por su veracidad i su redaccion el texto hácia el cual hemos querido llamar la atencion del público es sin disputa uno de los mejores que hayan visto la luz pública en Chile.

Su aparicion era una necesidad, una necesidad que queda satisfecha con el nuevo texto de Historia Contemporánea arreglado por un intelijente amigo, cuyo nombre no nos permite dar a conocer una modestia que le es característica.

CÁRLOS A. BERRO.

A MI AMIGO HERMOJENES IRISARRI

DESPUES DE OIRLE TOCAR LA GUITARRA.

Te oí por vez primera, en tí encontraba
Algo de celestial aquel momento,
I al pulsar tu hábil mano el instrumento
El alma a otra mansion se remontaba.

En sus cuerdas sentia que vibraba
De tu alma el mas puro sentimiento,
I del poeta el noble pensamiento
Mas armonías a la cuerda daba.

De la jóven hermosa el pecho amante
Con recuerdos felices talvez lucha,
Al son de tu vihuela palpitante.

Que en lenguaje armonioso i penetrante
Súbito haces pasar al que te escucha
Lo que sientes tú mismo en ese instante.

Santiago, 1864.

QUITERIA VARÁS.

A LA SEÑORITA QUITERIA VARÁS

EN RESPUESTA A SU SONETO.

Pedíle inspiracion a la lozana,
Ardiente juventud de mi alma un dia,
I agotada mi pobre fantasía .
Murió en los brazos de esperanza vana.

Pasó de mi existencia la mañana,
Luchando siempre con mortal porfía;
I en la tarde, al tocar la sombra fría,
Ya mi cabeza se ha encontrado cana.

¡Yo quiero gloria aun, yo quiero honores,
I de la fama imploro una corona
Que tanto i tanto a mi anhelar rehusa!....

¡Al fin me ha concedido sus favores!....
¡Soi feliz.... su laurel mi sien abona;
Que yo inspiré cantares a una Musa!

Santiago, 1864.

HERMÓJENES IRISARRI.

A LA SEÑORITA QUITERIA VARAS.

De mi pobre instrumento la armonía
Quisiste celebrar en tu arpa de oro,
Mas dulce al alma que el arjenteo lloro
Que al cáliz de la flor el alba envia.

Sus cuerdas al tocar tu poesía,
Rítmicas ondas de rumor sonoro,
Llevó hasta el monte que el castalio coro
A tus blandos acentos aplaudia.

Mas celebrar queriendo mi guitarra,
Corrida i muda la dejaste tanto
Que ya mi mano trémula desgarrá

Cuerdas que no superan a tu canto.
Rendido el homenaje merecido
Para admirarte solo tengo oido.

LA VENGANZA DE UN PATRIOTA.

I.

Allá por los años de 183 era tertulio de mi casa el jeneral C**. No alcancé a conocerlo, pero he visto muchas veces su retrato, he debido cariño a sus hijos i al fijarme en las tradiciones de mi hogar encontré tan fresca su memoria como si ayer no mas hubiera dejado de existir. Así que al contar esta anécdota me parece estar mirando, como si lo tuviera presente, al noble veterano, héroe de ella.

II.

El jeneral C** llegaba diariamente a mi casa poco despues de las oraciones. Tomaba mate con mis padres e iba en seguida a buscar otra tertulia mas bulliciosa o mas conforme con sus gustos.

Las persecuciones del tiempo de Portales habian dejado vacío su bolsillo. En su situacion de padre de familia i hombre de obligaciones se veia asediado por mil necesidades; i el decreto, algo tiránico, que le privaba de la subsistencia lo tenia hasta no mas exasperado.

El jeneral C**, puesto en esta triste situacion, desahogaba su ánimo quejándose con acritud de sus enemigos políticos.

—¡Oh! decia, los tiempos cambian i llegará al fin el dia de la venganza. Entónces los caidos de hoi seremos inflexibles con nuestros enemigos.

—¿I Ud., jeneral, piensa en la venganza? interrumpió mi madre con benévola sonrisa.

—¿I por qué no? respondió el veterano.

—Porque con el corazon de oro que tiene i con la nativa jenerosidad de su alma, Ud. no se vengaria de nadie.

—Ya lo veríamos.

—No espero verlo en mis dias.

—¡Cómo!

—Porque Ud. no es vengativo.

—La venganza, dijo sentenciosamente el viejo soldado, es el plato mas exquisito que se sirve en la mesa de los dioses.

—Así será; pero Ud. pudo una vez vengarse i no se vengó.

—¡Oh! calle, amiga mia.

—¿Se acuerda de Alejandro?

—No tal; respondió con fingido mal humor.

III.

Aquí hubiera terminado el incidente (nos expresamos en el lenguaje parlamentario del día) si a un caballero que oía esta conversacion no se le hubiera ocurrido terciar en ella.

—¿Quién era ese Alejandro? preguntó con curiosidad.

—No vale la pena recordar esas cosas, respondió el veterano; además, ese Alejandro ha muerto i valia bien poco para que nos entretengamos hoi en roerle los huesos.

—Con todo, según parece, ese Alejandro ofendió a Ud. i Ud....

—Le perdonó, dijo mi madre, le perdonó como cristiano i como caballero.

—¡Vaya, amiga mia, calle Ud.!

—No me callo, porque eso honra a mi anciano amigo.

—¿I qué fué ello? preguntó el caballero.

—Una nada, a la que nuestra amiga da un valor que realmente no tiene.

—Pues esa nada ha despertado mi curiosidad.

—Pues en mí ha despertado el deseo de irme de aquí; dijo el jeneral, despidiéndose bruscamente.

IV.

—¡Pobre jeneral!—prosiguió mi madre luego que vió alejarse a su amigo; habla de venganzas i no existe en Chile corazón mas jeneroso!

—¿I qué fué lo que hizo al jeneral ese Alejandro?

—Voi a contárselo al punto.

—Lo oiré con mucho gusto.

—Ud. sabe, comenzó mi madre, que nuestro amigo el jeneral C** fué uno de los primeros veteranos de la independencia, uno de los oficiales mas fieles que siguió a nuestro bravo O'Higgins en las campañas de la *patria vieja*. El se halló en todos los peligros, llevaba el diario de la expedicion i se batia como bueno en todos los combates.

La suerte de las armas lo llevó a Rancagua; peleó como un leon en el cuadro de los defensores de la plaza, i no habiendo tenido como otros la suerte de escapar a tiempo, cayó prisionero del estúpido e implacable Osorio.

C**, si no me equivoco, tenia entónces el grado de coronel, i asomaban las primeras canas en su hermosa cabeza.

Sobresalia por su belleza varonil entre los demas prisioneros,

haciéndose notar por el noble orgullo con que afrontaba las miradas curiosas que le dirijian los enemigos.

Pero esas fieras, embriagadas por el triunfo i aun no satisfechas de la sangre que habian derramado, no eran capaces de respetar el infortunio de aquellos nobles vencidos. El grupo de prisioneros en que se hallaba el coronel C** se vió pronto rodeado de una infinidad de oficiales realistas, que olvidando el decoro de su uniforme i los respetos que merece el infortunio, comenzaron a cubrirlos de improperios i denuestos.

Ninguno de los nuestros respondió a sus provocaciones, sabiendo todos mantener mui alta la dignidad de su desgracia.

Fué entónces cuando un oficial llamado Alejandro se dirijió a nuestro amigo, el mayor en edad i el mas graduado de todos, ordenándole con insolencia que gritara ¡Viva el rei!

—¡Nunca!, respondió C** con noble entereza.

La órden se repitió; pero C** contestó a ella con una mirada de supremo desprecio.

Entónces el llamado Alejandro, olvidando toda dignidad, se encaró con nuestro amigo diciéndole:

—Por bien o mal has de gritar ¡Viva el rei!

I como no obtuviera respuesta alguna, exasperado i rabioso descargó con su mano innoble una bofetada en la mejilla del coronel chileno.—

—¡Miserable! exclamó el caballero al llegar mi madre a este punto de su narracion.

—Sí, continuó ella, portóse Alejandro como un canalla, pero C** tuvo ocasion de vengarse.

A estas palabras siguióse un rato de silencio.

V.

Mi madre despues de un momento de descanso prosiguió de este modo su narracion:

—El prisionero de Rancagua se vió a su vez triunfador en el memorable 5 de abril de 1818. Acababa de ganarse la batalla de Maipo que selló para siempre la independendia patria, i C** se encontraba en compañía de muchos otros oficiales patriotas que celebraban la victoria en los primeros trasportes de su entusiasmo.

El coronel C** referia a un corro de amigos sus padecimientos pasados i entre las incidencias de la conversacion les contó el lance de Rancagua i la villanía con que lo insultó el oficial Alejandro.

Aquí llegaba cuando su narracion fué interrumpida por la llegada de un personaje ante quien todos se descubrieron con respeto.

El recién llegado, que no era otro que el jeneral San Martín, se dirigió a C**, de cuya narración no había perdido una sola coma, i con ese jenio zumbón i chancero que le caracterizaba,—

—Coronel C**, le dijo; os necesito. Haced el favor de venir conmigo.—

C** saludó militarmente a su jefe, a quien siguió al través del campo, conversando sobre los acontecimientos del día.

—Hemos llegado, interrumpió San Martín, al enfrentar un rancho donde estaban depositados muchos prisioneros realistas.

—¿I qué, jeneral? se atrevió a interrumpir C**.

—Aguardaos un poco, respondió el jeneral vencedor.—

San Martín dió en voz baja algunas órdenes al jefe de la guardia, que volvió después seguido de un oficial prisionero que temblaba como un azogado.

—Coronel C**, exclamó San Martín, os hago dueño de la suerte de Alejandro. Disponed lo que os plazca de ese miserable.—

Dichas estas palabras, San Martín se alejó dejando a C** i al prisionero.

El español temblaba; el patriota temblaba también al recordar su pasada afrenta; pero si pasó por su alma la idea de la venganza fué con la velocidad del relámpago, pues un momento después el coronel C** estaba completamente sereno.

—Infeliz, dijo al prisionero, huye lejos de mí, porque no sé si otro día estaré con humor de perdonarte.

El español no se movía.

—¿Qué es esto? ¿no te vas? repitió el oficial patriota—talvez te falta dinero, añadió; toma lo que llevo consigo i no vuelvas a presentármelo delante.—

C** se dirigió entonces al oficial de guardia, ordenándole pudiese en libertad al prisionero. Después de una pequeña vacilación el oficial accedió.

Alejandro buscó a su bienhechor para echarse a sus piés; pero, ya éste había partido.—

Aquí concluyó mi madre su narración. El caballero que la había oído con marcado interés, exclamó sin poderse contener:

—¡Hermoso rango! eso honra mucho al jeneral C**.

—Es verdad, respondió mi madre, así se vengán los corazones nobles i cristianos.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LIBROS PRESTADOS.

—¡Válgame Cristo! ¿Quién me dijera que estos libros, habidos con tantos afanes, i a costa de mil ahorros, i destinados a instruirme i darme ratos de contentamiento i solaz, me habian de ser motivo de frecuentes molestias?

Acababa de hacer esta exclamacion mi viejo amigo don Pascual, cuando yo tocaba la puerta de su biblioteca.—¿Quién va? preguntó con agria voz, que manifestaba un humor no mui a propósito para entenderse con visitas. Detúveme algo desconcertado; pero, acordándome que todos los dias abuso de su exquisita urbanidad, empujé la puerta i me metí de rondon.

Encontré a don Pascual en actitud meditabunda, la cara hosca i los brazos cruzados delante de sus libros. Difícilmente pudo desarrugar el entrecejo i mostrarme su habitual sonrisa, i tuve que deshacerme en jesticulaciones afables i palabras almibaradas a fin de neutralizar su inesperado *spleen*. No sé si lo conseguí, mas ello es verdad que empezó la conversacion sobre el mismo tema que le hiciera arrojar aquel sentido ¡*Válgame Cristo!* cuando yo entraba.

—Aquí me tiene usted, amigo don Jenaro, en este gabinete, arreglando i poniendo en orden estos libros, que yacen como usted los ve. ¡Qué confusion! ¡qué dispersion! i sobre todo, ¡qué ausencia de unos cuántos!... Ya se ve: no hai pisaverde babajorro ni corrillero charlatan, ni romántica bachillera, ni sucia comadre que, so pretexto de aplicados a la lectura i ansiosos de iluminar su tenebrosa mollera, no vengán a pedir libros a su don Pascual.

I el pobre viejo se araba la cancha calva con todas las uñas de su tenebrosa diestra. Me quedé medio corrido, pues siendo el objeto de mi visita pedirle cierto librejo de que tenia absoluta necesidad, hube de decir para mi capote: ¿Quién puede contar con la bondad ni de un bienaventurado en sus ratos de mal humor? Iba, pues, a dar a don Pascual el *páselo bien*, aunque de mala gana, cuando noté que se modificaba la expresion de su semblante i me contuve.

—Vea usted este andamio, continuó; no ha mucho que estaba lleno i lucido con la *Historia Universal* de César Cantú, i ahora ni mis carcomidas encías tienen mas claros. Mire usted mas allá diez tomos de la *Historia Natural*, i cinco mas sucios i rotos que libros de oraciones de beata o que misal de aldea. Si Buffon volviera a este mundo, ¡vive Dios! que diera por bien perdido este

ejemplar de sus obras, a fin de emplear su dorada péñola en describir al mamífero bímano que así le ha malparado. Aquí no hai sino un tomo del *Don Quijote*, los demas se han ido a buscar aventuras acompañando a un caballero andante, i sabe Dios si volverán de la cueva de Montesinos. Allá está la *Santa Biblia* con el Génesis hecho trizas, los profetas empuercados, los Evangelios cual no los pusiera un turco. . . . ¡Oh! i luego hai quien nos trate de herejazos a boca llena, cuando nunca hemos cometido tales profanaciones i felonías, i solo porque nos damos a leer, allá por muerte de un tonto, algun libro picaron o por demas *ilustrado*, que hace tanta mella en nuestra alma como el aleteo del viento sobre un trozo de granito. I despues de todo esto ¿no ha de justificar usted, amigo mio, el enojo en que ha venido a encontrarme? ¡Viniere el perrazo de Omar tras todos esos miserables restos i los quemare, i con ellos a los que así los han dejado!

Me asustó esta imprecacion i abrí tamaños ojos, pues extraña hasta serlo de sobra me pareció en boca del a filosofado don Pascual. Pero, tomándome la mano con aire jovial, me aproximó a los estantes, i enseñándome un tomo de la Biblia, —Diviértase, me dijo. Este libro cayó en manos de nuestra vecina doña Pomponia, como si dijésemos en las de un mayordomo. La buena señora me aseguró que queria *saber la Biblia*, para vivir i morir como verdadera i fiel cristiana, i me le ha devuelto con notas bien curiosas. ¿No quiere usted verlas? ¡Mire que encierran sabiduría!

Abrí el libro con ansia, aunque para quien conoce a la comadre Pomponia no era mucho de admirar que le hubiese anotado, pues con referencia a su padre confesor, ante cuya autoridad e infalibilidad dobla el sexajenario cogote, sabe cosas grandes, divinas i humanas, del alma i del cuerpo, i de esta i de la otra vida. Pero, ¡qué diantre! lo primero con que dieron sus ojos fué con las siguientes palabras, en letra gorda i que nada tienen que ver con la Escritura, lindamente encajadas entre los floreos renglones del fróntis: *El 23 de mayo de 1855, a las seis de la mañana, parió la vaca barrota el ternero nevado*. Confieso que participé de la justa cólera de don Pascual, al ver tan extraña partida bautismal en semejante libro. A la vuelta de algunas hojas hallé estotra: *El 2 de junio reventó la papujada doce pollitos; tres blancos, tres negros, i los demas pardos*. Aquí me mordí los labios i plegué el entrecejo, i el viejo, que lo notó, me dijo sonriéndose:—Siga, siga, que por ahí anda otra nota mui elocuente. En efecto, junto al precepto del Decálogo que prohíbe poner los cinco en lo que es ajeno, hallé esta peregrina sentencia: *El indio Martin Chuchi se robó dos mochos gordos, de valor de tres pesos cada uno, que son seis pesos, los que tendrá que pagarme el mitayo bribon*. ¡Por vida de sanes! exclamé cerrando el libro, ¿qué ha hecho usted que no ha dicho hasta mas vernos a esa vieja Pomponia, i no ha roto con ella para siempre?

—Eso nó, amigo Muelan, no me gusta perder una amistad por un

libro i si así fuera, pronto me veria de malas con medio pueblo. Quédense mis plúteos desiertos i mi cabeza monda i lironda como bola de billar, a puro rascármela de impaciencia, ántes que se pongan de barbas agrias conmigo ni Ponciano, ni Julian, ni doña Pomponia, ni Mariquita, ni ninguno de los amigos que el cielo me ha deparado. ¡Aunque a veces me hacen cosas! No ha un mes que Ponciano me ofreció un unguento para este carrillo que se me puso como teta de nodriza, i tuvo la bondad de remitírmelo envuelto en una hoja de *La Ilíada*, que en un dia me la pidió con frases cortesés i yo se la presté con vivo dolor de mi alma.

—¡Eso era para morirse!

—Pues nó señor: me puse el unguento, quedé sano, i fué perdonado el Esculapio a costa del poeta.

Mariquita me devolvió ayer *La Jerusalem Libertada*, que me arrancó con exigencia, creyendo era algun libro místico; i si bien se engañó en esto, le ha parecido la cosa mui bonita, i me asegura que precisamente pondrá el nombre de Sofronia, aunque no conste del calendario (las da de *ilustrada*) a la chica que le va a nacer, quien, segun ella, será linda como Santa Rita, santa mas que esta patrona de los imposibles, i que a los quince de su edad, a mas tardar, no le faltará su media docena de Olindos. Pero, como iba diciendo: vino este malaventurado libro señalado cada canto con una viruta de madera, los pasajes mas heróicos con hilachas de flecadura de alfombra, i tal cual escena amorosa con verdes hojas de cebolla que trascendian a cocina. ¡Profanacion de la belleza del amor! ¿Quién pensara jamas que Reinaldo i Armida se fueran a dar a una cocina, que no a la isla encantada llena de odoríferas flores? Otro amigo, que nunca lee nada, o nada entiende si algo lee, pero que tiene hambre canina de pasar por docto en toda materia, se ha llevado quince volúmenes que, segun malicias mias, no volverán a cubrir esas tristes brechas de mis estantes; porque sé que está llenando uno para su uso con solo libros ajenos; pues a fuer de caballero de pelo en pecho, heredó de su abuelo la nada cristiana máxima de que robar libros, babestros i gallos castizos, no es ni pecado venial. Este es robo de nobles aficionados, es acto virtuoso.

En cuanto a los periódicos, ya es cosa bien sabida i de costumbre arraigada en nuestra jente, que no han de devolverse a sus dueños. Se suscribe uno, verbigracia yo; i como no a todos les gusta invertir sus pesetas en esto, que ellos denominan fruslería, es de verse cómo se me pegan el dia de correo, con qué ansia me piden mi número de EL NACIONAL o cualquier otro impreso que recibo, i cómo le hacen circular en todo el pueblo, a modo de *mate* de beber en funcion de indios, pues uno alcanza para todos, rodando de mano en mano, hasta que al fin da con alguna descomedida que le estruja cual si fuera pañuelo de narices. Luego le critican, se mofan i se rien (¿cómo no han de hacer todo esto i algo mas si no quieren suscribirse!) miéntras yo, su dueño lejítimo,

poseedor con justo título i de buena fé, estoi en ayunas de cuanto él contiene. No pocas veces me ha sucedido tambien ver convertidas las hojas de un periódico en cucuruchos de guardar semillas ajenas sin beneplácito mio.

—Pero, señor don Pascual, le observé, no hace diez minutos he visto a usted hecho una víbora, i

—En efecto, me interrumpió; mas, ¿qué quiere usted? cuando almuerzo, como esta mañana, huevos fritos con chorizo i salsa de de ají, se me pone la bÍlis negra i crespa como cabeza de mandinga, pero eso se pasa. ¿No me ve ya de chungu como siempre? Ya no echo pestes contra nadie, i solo pienso en buscar un remedio que preserve mis libros de tanto enemigo mortal. Los ratones han desaparecido al maullo de mi *mozo*; la polilla ha huido del polvo de tabaco, i hasta para mis dos nietezuelos que a veces venian a maltratar algunos libros que por su mal tienen estampas, hallé el excelente antídoto de mostrarles un diablo rabudo que hai pintado en el *Apocattipsis*. Lo que no hallo cosa que valga es contra los lecto-maniaco-pedigüenos. ¿Qué haré, amigo Muelan?

Ocurióseme una idea que me pareció feliz. i le dije: ¿No fuera bueno poner en el copete de ese estante un cartel con cierta inscripcion que yo sé, mui a propósito para el caso? I repetí la décima siguiente, que aprendí antaño de don Juan Ante-portam-latinam Benedícite, mi maestro de escuela:

Plegue a Dios, libros queridos,
Que aquí tan bien os hallais,
Que nunca, jamas seais
A vuestro dueño pedidos;
O que mas bien convertidos
Seais en tristes cenizas,
Antes que en las manos veros
De tantos lectores fieros
Que os empuerquen o hagan trizas,
U os roben cual caballeros.

—¡Bravo! exclamó el viejo al oirla; ¡excelente! A ver, échela usted aquí en letras de fardo, a que puedan leerla todos desde léjos.

Sentéme a la mesa i escribí en un pliego de papel de venado, que fué puesto como *Inri* en lo mas alto de los estantes. Don Pascual echó nuevos bravos i palmoteos, i yo, al verle en su verdadero humor, cobré esperanza de que me prestaria el deseado libro, i empecé a menudearle algunas indirectas. Don Pascual, que tiene los alcances de zorra vieja, me entendió en un tris.

—Supongo, le dije, que su enojo no se entenderia a quienes le devuelven sus libros sanos i salvos.

—Nó, por cierto; ántes me complazco en prestarlos, importán-

dome poco que los lean o no, o que los tomen con el *finis* por delante i el *frontis* por detras, como hacía el lego que subia al púlpito a dar a su auditorio la leccion espiritual.

—En tal caso me parece que yo pues nunca le he devuelto ningun libro señalado con troncos, ni cebollas, i

Don Pascual no me dejó acabar. ¿Qué libro quiere usted? me dijo; ahí están esos pobres huérfanos a sus órdenes.

Dile las gracias mas expesivas, me abalancé al estante, tomé el libro, que puse bajo el brazo, apreté la mano a mi viejo amigo con un cariño que a mí mismo me parece fué algo exajerado, i salí rebosando de alegría como colejial en dia de asueto.

JUAN LEON MERA.

REFUTACION A "EL AMOR."

M. C. P. Marie Haas ha sido el ilustre escritor, el valiente defensor de los fueros relijiosos i sociales de la mujer, i quien con voz autorizada i brillante talento se ha tomado la difícil i gloriosa tarea de refutar con elevado criterio i cristiana filosofía a M. Michelet, en su obra *El Amor*.

Haas combate a Michelet cuerpo a cuerpo. Preséntase, i sale a la arena, como un gladiador, que tiene conciencia de su fuerza i destreza. Es un gallardo i robusto mancebo, que impresiona i se hace temible por su nerviosa i fuerte musculatura. Hábil, i mui hábil, hombre de mucha instruccion, conoce todos los flacos del contrario, i lo sigue i lo acosa hasta postrarlo i se dé por rendido.

Para refutar Haas a Michelet no toma el yo, nunca lo invoca, no lo quiere. Filósofo católico, comprende, mas que nadie, cuán vana es la ciencia del hombre, cuán falsa su propia enseñanza, i cómo el orgullo lo arrastra hasta el delirio. Si han caido los cedros del Líbano, ha debido decirse el ilustre Haas, ¡cuánto mas aquellos arbustillos que apénas echan raices!

En esta refutacion de tanto aliento, Haas no saca a luz ninguna doctrina nueva para todos los errores que combate. No tiene mas enseñanza que la católica, ya vieja, sin duda, pero no gastada porque es la palabra del Verbo. Peio, en verdad, ¡cuánto ha estudiado, cuánto ha meditado nuestro jóven filósofo! ¡Con cuánta

fidelidad, con cuánta sabiduría ha pesado sus creencias religiosas! ¡Cómo quisiera que todos, hombre i mujer, conociesen i amasen el credo católico! La jóven desposada no va tan de prisa i tan delirante tras los brazos de su fino amante, como Haas tras de aquella verdad, que es eterna, luminosa e inmutable; luego, ¡qué bien conoce los tiros del contrario! ¡Con qué admirable ejecución los pára i los esteriliza! No importa que Michelet se parapete, vista su cota de malla i se cubra con su escudo, porque Haas va de un salto sobre él, i lo sofoca i estrangula, no por ciega pasión, sino porque sabe, con experiencia i ciencia, que de su destrucción pende el bien de muchos.

Haas ha refutado a Michlet, capítulo por capítulo, sin encojimiento, sin disfraz, sin miedo alguno. Con su cabeza erguida i su corazón en la mano, frente a frente a su contrario, le ha dicho: filósofo incrédulo, racionalista o libre-pensador, como quiera que seas, me has provocado, a mí, filósofo católico, porque vanamente te crees mas fuerte que yo, i porque con esa sorna de los filósofos infatuados por la ciencia de un día, pensaste concluir de un solo golpe con el catolicismo, i con él con todo sentimiento religioso. Pues bien, aquí me tienes, pero diente por diente i ojo por ojo. Si no importa que hayas empleado treinta i dos años para dar a luz *El Amor*, a mí me bastan unos pocos meses para refutarte por completo, pues Dios i la verdad religiosa i la sociedad i la familia están de mi parte.

Nosotros no conocemos de M. Haas otro trabajo literario que la refutación en que nos ocupamos, sin embargo que es un escritor de acreditada nombradía i merecida reputación. Ningun pormenor tenemos tampoco de su vida privada; pero tanto sus ideas como sus sentimientos se ven reflejados en este artístico como precioso libro, monumento de ciencia i profunda tesis social.

La victoriosa refutación del ilustre Haas está precedida de una bondadosa carta de madama Brinckmann. Tan hábil como concienzuda carta revela el alma de un poeta i está perfumada de mui cristianos sentimientos.

“Señor, le dice madama Brinckmann a M. Haas, un libro, que el solo título de su autor recomienda a la atención pública i particularmente a la mujer, la refutación a *El Amor* de M. Michelet, ha llegado con celeridad hasta el fondo de nuestras provincias. Vuestro libro lo he leído al abrigo de los montes Pirineos, en las hermosas playas del golfo de Gascuña, en presencia de ese Océano, cuya grandeza imponente i majestuosa, fortificando el corazón, elevando el alma, haciendo comprender tan bien a Dios, conduce al inmenso amor de la belleza moral i a la implacable aversión de los odios humanos.”

Mas adelante añade la expresada señora: “En vuestra vigorosa refutación encuentro el profundo respeto de todos los grandes principios de la religión i de la familia, sobre los cuales reposan

las sociedades despues de muchos siglos, como el admirable i exclusivo culto de lo bello, de lo verdadero, de lo justo. La imajinacion se purifica i embellece, el corazon se eleva, el alma se ennoblece por el soplo purificador de vuestra sana moral. La vírjen, la mujer i la viuda se presentan a vuestras miradas, no como impúdicas Vénus, sino como la hermosa mitad del jénero humano i la esperanza del porvenir.

“Vos quereis la mujer cristiana, la digna compañera del hombre, la madre austera i respetada de sus hijos, firme cimiento de la familia, i no una miserable esclava, instrumento ciego de sus placeres. Es así como engrandeceis al hombre, i él encuentra en su amor todas las satisfacciones que pueden embellecer su vida, haciendo la felicidad de su familia i llenando su gran mision sobre la tierra, hasta llegar a poseer a Dios.”

M. Haas, cual cumplido caballero, contesta en estos términos tan hermosa como lisonjera carta, la que lo alienta, la que lo refrijiera, pues sus alabanzas llegan i bañan su rostro, como una suave brisa en calorosa mañana.

“Nuestra segunda edicion, dice Haas, está precedida de la carta de una señora tan distinguida por su nacimiento i noble espíritu, como por su fuerte corazon. Antes de refutar a M. Michelet no teniamos el honor de conocerla. Una feliz circunstancia nos ha puesto en relacion con ella, escribiéndonos una carta de felicitacion que reproducimos con su aprobacion. Esta carta ha establecido entre los dos relaciones que bastan para indemnizarnos de los sufrimientos que hemos experimentado por seguir la virtud. Esta carta nos ha enseñado tambien a conocer que hemos herido con justicia; que a doscientas leguas, como cerca de nosotros, hai mujeres que poseen magnánimos corazones; que en Francia existen nobles madres de familia, que saben preparar para las edades futuras a la vírjen, que no solo inspira a un jóven honrado, sino que llega a ser el ángel del hogar doméstico, la bondadosa madre de sus hijos, la dulce, tierna i digna compañera de su vida, la alegría de su corazon i las delicias de su alma.

“La carta con que encabezamos esta obra, es tan honrosa para su autora, como satisfactoria para nosotros. La publicamos conmovidos i sin aparente hipocresía. Lo sabemos bien, no tenemos el talento que se nos señala; pero tenemos conciencia de poseer un corazon que palpita para amar lo bueno, i una alma que se eleva a Dios dulcemente. A este título, que vale mas que una ciencia vana, nosotros aceptamos la alabanza, que es siempre tan halagüeña para el que se esfuerza en practicar el bien.”

En seguida Haas copia estas palabras de Michelet, a propósito de la carta aludida. “Las mujeres leyeron *El Amor*, i lloraron. Sus directores, relijiosos o filósofos, nada importa, dictaron su lenguaje. Apénas se atrevieron ellas a defender débilmente su abogado. Ellas hicieron mas, volvieron a leer i devoraron el libro

culpable; ellas lo guardan para las horas libres i luego lo depositan bajo la almohada.”

“¿Cómo calificar, contesta Haas, estas insinuaciones tan orgullosas como pérfidas? ¿Puede ir mas léjos el amor propio i la ceguera? Que algunas mujeres pensasen así, se concibe, porque *nada hai nuevo bajo el sol*; pero no aceptamos que la gran mayoría juzgue así. En todo caso, la carta que acabamos de publicar, le impone al autor un cruel castigo por su fanfarronada.

“La mujer nos leerá. Despues de leernos, nos juzgará. Entónces se dignará ella decir, cuál de los dos es el *acusador i defensor*, cuál de nosotros la deprime o la eleva, quién la insulta o respeta, quién la lisonjea o la ama, a cuál de los dos prefiere ella.”

Al refutar Haas *El Amor* no solo se propuso vindicar i salvar el principio católico, no solo trabajar por que la mujer sea un dechado de perfeccion, sino tambien, con un valor singular, que le honra i enaltece, va i pone mui alto la dignidad del esposo i de la esposa, i le da fueros al niño, a la vírjen i a la viuda. Así, toda la sociedad vese salva de grandes i afrentosas caidas, vese salva de retroceder i volver al paganismo. Para esta obra de tanto aliento, de resultados tan benéficos, Haas, con fé i ciencia, despertando estudios, que al parecer estaban aletargados, evoca, llama en su auxilio la relijion de Jesus, la enseñanza de la Iglesia, la experiencia, la razon ilustrada i sana, la filosofía práctica de la vida, el hombre i la mujer.

El amor a la verdad arrebató al ilustre Haas. El amor a la verdad hace de Haas un gran poeta por la expresion i el sentimiento.

Impresionados con la lectura de su inspirado libro, figúrenos Haas un fuerte caminante, que con un pesado fardo a las espaldas trepa una áspera i elevada montaña sin detenerse ni fatigarse.

Como todos los hombres de verdadero i sólido talento, Haas tiene esos arranques del corazon, tan grandes como sublimes, que a la vez que hieren la intelijencia dan pábulo al sentimiento, i que embriagando nuestro espíritu, dejan en nuestra alma mui gratos consuelos. Como las abundosas i dulces aguas de ciertos rios, que guardan poderosa sávia, i con ella fecundan la tierra i hermocean los campos, así la inspirada i celeste palabra de Haas.

Sin rebuscar trozos, vamos a citar dos rasgos tan solamente, que le son propios i comunes a Haas.

Resumiendo la hijiene, dice: “La hijiene en la economía doméstica, oh jóvenes esposos, tenedlo bien presente, os conjuramos a ello, no es otra cosa: 1.º que el perfecto conocimiento de Dios i de su santa lei; 2.º que la rigurosa observancia de esa misma lei; 3.º que la santidad del corazon, la paz del alma i el puro i perfecto amor, dones i gracias que se dan en recompensa, cuando se poseen las dos primeras; 4.º que la limpieza i los cuidados

del cuerpo, las frecuentes ablusiones i demas; 5.º que un alimento simple, frugal, lijero; 6.º que un dormitorio salubre, pequeño, bien ventilado, que por todas partes reciba la luz, que los hermosos rayos del sol lo calienten; 7.º que un trabajo regular; 8.º que, en fin, un paseo de una hora, por lo ménos, bajo esa bóveda azulada, que es la cúpula de Dios, para admirar las maravillas imponderables de sus manos, i luego adorarle.”

En otra parte nos dice, hablando de la fecundacion espiritual: “Cedámosle todo a la mujer. Sí, todo lo que exista de mas bello, de mas puro, de mas noble, de mas elevado. No le arrebatemos nada, nada absolutamente de esos hechizos propios de la jóven esposa, que constituyen el candor de su primera juventud i el suave aroma de su virjinidad moral. Dejémosle todos los tesoros de su amor i de su infinita ternura; toda la pureza de su alma. No empañemos por nada lo terso de su candor, que ella inocentemente guarda en el santuario de su corazon, tan bueno, tan tierno, tan amante de esa sin par belleza del alma. Este encanto inenarrable, esta gracia que embriaga el pensamiento será el mas firme apoyo de nuestra vida, el fruto de un santo espíritu i de una felicidad inagotable. Así nos sobrepondremos a los males de este mundo, atravesaremos los desiertos de la vida; i no turbarán nuestra paz ni la triste aridez, ni los guijarros, ni las piedras, aunque las rocas ensangrienten muchas veces nuestros piés. Pero por la tarde, allá cuando volvamos a nuestro hogar, nuestra esposa, bendita por Dios, fruto delicioso lleno del rocío del cielo, nos consolará, nos reanimará; i todas las mañanas, al venir la aurora, despertaremos rejuvenecidos, porque mas profundamente nos amaremos en Dios. Hé aquí la verdadera fecundacion intelectual, aquella que teme a Dios i tiene su moral por sancion. Toda otra no es mas que desgracia, mil veces desventura, i ruina, i desesperacion, i tinieblas, i muerte, i nada!!”

Aun jóven, Haas es hombre de mundo i de ciencia. Dotado de un claro i robusto talento, de una viril imaginacion i de un sólido juicio, con rara instruccion relijiosa i con santo entusiasmo, su noble i sencillo corazon ama el credo católico. Fuerte con tal amor, quiere que la mujer, el hombre i la sociedad busquen la luz, se inspiren en esa ciencia que viene del cielo, en esa filosofía i esa moral que el hombre de buena voluntad i de relijiosa conciencia acepta para gloria de Dios, para dicha de una naturaleza enferma i caida como es la del hombre.

Haas es vehemente, mui vehemente, i de sorprendente concepcion. Tiene una expresion rápida, clara, digna i calorosa. Como todos los escritores de jenio, se hace comprender hasta del vulgo. Va siempre de frente, preséntase tal cual es, i hiere a su adversario cara a cara.

Por amor a Dios, por amor a la pureza de la mujer, semejante a Elias, Haas habria atravesado aquel misterioso desierto, imájen de nuestra peregrinacion en este mundo, sin llevar un pan en

sus alforjas. Para un corazón que ama, basta el amor a la verdad; para una alma espiritual basta el alimento eucarístico. De esto dudan los sabios del mundo, los espíritus fuertes i los filósofos como Michelet, pero el hecho existe, i el Verbo da testimonio de él.

Siempre juzga Haas a Michelet, en todo i por todo, con elevado criterio i noble pasión. Cuando Michelet está en la verdad, apresúrase él a darle razón i hacerle justicia. Prescinde entónces de aquel punzante estilo, que tan bien sienta al que está armado de una santa ira.

Refutando a Michelet, defendiendo el dogma católico i la moral cristiana, Haas se presenta como un digno maestro de la mujer. Reune grandes títulos i preciosas cualidades para ello.

Michelet en *El Amor* se dirige a la inteligencia de la mujer; i como hemos dicho, muy pocas veces ha buscado su corazón. Luego tal filósofo hizo abstracción de la educación, de la vida práctica, del sentimiento religioso, de aquella enseñanza moral que tanto importa que posea la mujer.

En el libro de Michelet hai mucha ciencia para el ignorante i muy poca, poquísima, para el hombre de instrucción. Domina en *El Amor* la filosofía del *yo*, se impone mas que se convence, búrlese de esa conciencia íntima, que tiene el hombre, *que es un poco inferior al ángel*.

Una obra como *El Amor*, que lleva el sello de una filosofía racionalista, que encierra en su fondo la negación de todo principio religioso, de toda enseñanza moral, que fútilmente impresiona por su forma, que pérfidamente seduce los sentidos, solo es propia para las personas que hacen del mundo un festín, que quieren que su existencia se deslice despreciando los goces del espíritu.

En su noble refutación, Haas no se presenta como el fundador o innovador de una escuela, solo desempeña el papel de defensor de los principios católicos, en lo que concierne a la mujer, a la familia i a la sociedad en jeneral. Así que, con valentía i sin finjimiento de ninguna especie i con santo ardor, *toma la honda i mata a Goliat*.

Para el filósofo que conoce el pequeño alcance que tiene esa chispa de luz, que Dios ha depositado en la cabeza del hombre, nada vale el sabio que dogmatiza de propia autoridad; pues sabe que la verdad es patrimonio de Dios, i que su Hijo adorable i divino descendió a la tierra a derramarla, no para la vana satisfacción de unos pocos, sino para el consuelo i dicha de toda la humanidad.

Ahora bien, sábese ya que tanto socialistas como comunistas, en cuyo número figura el viejo Michelet, valiéndose de la Internacional, propalan el error, quieren la destrucción de la sociedad, llevando por enseña muchas de las ideas que se encuentran en *El Amor*. Por lo tanto, todo hombre de recto juicio, todo

sacerdote, toda esposa, toda madre de familia, deben ponerse de pié i con el corazon en la mano defender los fueros de la relijion, los fueros de la moral, los fueros de la conciencia ultrajada.

Lea la mujer a Haas. Léalo inflamada de amor por el padre, de amor al esposo i de amor por el hijo. Un peso inmenso de gloria se le espera, si aferrada del catolicismo sostiene la santidad del matrimonio, la integridad del corazon, la pureza de la vírjen, los hechizos del candor, la inocencia de la mujer en todos los estados i en todas las situaciones de la vida.

Lea la mujer a Haas, i todos los principios que ese hombre sabio i piadoso le inculca, le darán un corazon immaculado, un corazon que palpitará para todo lo grande, para todo lo verdadero, para todo lo santo i bueno que encierra el mundo.

A los torrentes de iniquidad que siembra el hombre es necesario oponer torrentes de santidad, que broten del corazon de la mujer. Sí, del corazon de la mujer, porque ella es el ángel que lleva el signo de salvacion para hoi, para mañana i para siempre. Sí, del corazon de la mujer, porque ella mas que el hombre tiende la mano al infortunio i ama al pueblo; porque solo ella derrama lágrimas, que son un bálsamo para el desgraciado; porque solo ella tiene un pecho amoroso, i palabras afectuosas, i una elocuencia que no es estudiada, i que por lo mismo va derecho al corazon.

Que los labios de la mujer jamas se abran para pronunciar aquellas palabras desgarradoras, *sálvese quien pueda*. Porque el altar, el hombre i la mujer rodarian a un insondable abismo!

JOSÉ SOTÉRO FÁBRES.

FRAI VICENTE SOLANO.

Hé aquí el nombre de un literato i periodista ecuatoriano, que, si bien mui conocido en toda América, es completamente ignorado en Chile.

I sin embargo de todo, pocos americanos han enriquecido su mente con un caudal mayor de ciencia, pocos han defendido con mayor fuerza los principios relijiosos, la libertad de la prensa i trabajado tanto por propagar el buen gusto literario entre sus conciudadanos.

Sin comparar al padre Solano con don Andres Bello, diremos que aquél fué para el Ecuador lo que este último para Chile, el maestro de todos, el animador de los jóvenes ingenios, el protector del hombre estudioso, el apóstol de toda idea noble i jenerosa que se iniciaba en pro del bien público.

Entre Solano i Bello existian, sin embargo, grandes diferencias. Bello era un político mas profundo i de ideas mas conformes a la marcha actual del progreso; Solano tenia su ideal en la monarquía. Bello era mas literato que Solano; en cambio éste llevaba a Bello una inmensa ventaja como polemista i luchador en las ardientes lides de la prensa. Bello no habia nacido para periodista político. Su carácter contemporalizador i enemigo de la lucha, lo apartaba de ese combate de atletas que no permite un momento de descanso a los que a él se lanzan. Por el contrario, frai Vicente Solano tenia vocacion para pelear diariamente las batallas de la libertad i la verdad. Era en la prensa incisivo como Montalembert, terrible como Veuillot, profeta a veces como el célebre abate Margotti.

Apénas ordenado, el padre Solano luchaba contra los españoles, defendiendo con teson los derechos que tenia la América a proclamarse independiente. Humilde hijo de San Francisco, sin olvidar nunca la moderacion i la caridad, fué el azote de los far-santes políticos, el terror de los falsos liberales de su tierra, el defensor constante del dogma católico i de la verdadera libertad.

El célebre periodista don José Antonio de Irizarri, esa lumbrera de las letras americanas, hubo de ceder ante la prestigiosa pluma del padre Solano. I si *parva licet componere magnis*, si de un gran ingenio podemos descender a uno mediocre, diremos que el franciscano del Ecuador supo contener en sus avances a don Pedro Moncayo, personaje mui conocido en toda América por la circunstancia de haber tomado siempre a tarea el desacreditar a su patria i su gobierno ante el extranjero, i talvez (¡Dios nos perdone el mal juicio!) estuvo conspirando contra su suelo natal cuando estaba proscrito de él.

*
* *
*

En los escritos del Padre Solano se ve la noble indignacion del creyente contra la orgullosa rebelion del abate Lamennais. Efectivamente, el Padre Solano se indigna contra ese Leviatan de la época moderna con la razon del que pudiendo haber ganado fama i nombradía por los mismos caminos, no quiso, sin embargo, echar sobre su nombre inmaculado el estigma del apóstata i del réprobo.

El Padre Solano vió, como Lamennais, condenada la obra de su juventud, el fruto de todos sus desvelos, por la Santa Sede Romana que encontró en ella algunas proposiciones heréticas. Su opúsculo sobre *La predestinacion* fué incluido en el índice de

libros prohibidos i aunque Solano era en el Ecuador algo mas que Lamennais en Francia, en vez de rebelarse se hizo un honor de ser él mismo el primer acusador de su propia obra.

Hé aquí la carta que sobre este asunto dirigió al Papa i que publicamos por el alto ejemplo que de ella se desprende.

La carta dice así:

“Beatísimo Padre:

“Desde mis tiernos años no he tenido otro deseo que hacerme útil a la Iglesia santa de Dios. I, habiendo llegado con esta idea a la juventud, quise publicar algunos escritos, i, entre éstos, un opúsculo intitulado, en idioma vulgar: *La predestinacion i reprobacion de los hombres, segun el sentido jenuino de las Escrituras i de la razon.*

“Segun el prefacio de esta obra, es mui fácil conocer que yo sospechaba hubiese algunos errores. Era mui jóven en aquella época, i, ciertamente esta circunstancia pudo conducirme a algun error; pero ignoro cuál sea éste, si contra la fé o contra las buenas costumbres. Lo único que ha llegado a mi noticia, es que dicho opúsculo ha sido puesto en el *Índice* de los libros prohibidos; i si inmediatamente no pude escribir a Vuestra Santidad sobre este particular, fué porque nos hallamos siempre oprimidos de guerra i trastornos por todas partes. No obstante, publiqué un escrito que manifiesta suficientemente que ninguna molestia ni adversidad podia sucederme por los decretos de la Silla Apostólica, como se vé por el adjunto impreso publicado poco tiempo hace. (1)

“Finalmente, Beatísimo Padre, hablándoos sin rodeos, os digo, que vuestro juicio es el mio; i que todas mis obras las detesto i abomino si fueren condenadas por la autoridad de la Silla Apostólica, i os suplico, al mismo tiempo, mui encarecidamente, con aquel pasaje de la Escritura: *Señor, no os acordeis de los pecados i errores de mi juventud.*

“El Dios eterno i Padre de Nuestro Señor Jesucristo, se digne conservar a Vuestra Beatitud sin adversidad alguna, para el aumento de la fé, paz i unidad de la Iglesia. A este importante ob-

(1) El R. Solano alude al número 20 de *La Escobá*, correspondiente al 14 de Octubre de 1857, en uno de cuyos artículos, dice lo siguiente: “Una de las cosas que mas me ha gustado en la obra del doctor Eyzaguirre, intitulada *El Catolisismo en presencia de sus disidentes*, es la siguiente protesta con que termina el segundo tomo.

—“En las deducciones de los hechos que he referido, o en las cuestiones que he tocado de paso, pudiera haber aventurado alguna proposicion disconforme al sentir de la Iglesia Católica; si así hubiese sucedido, desde luego la retracto, pues ahora i siempre he sometido i someto mi juicio al de la Iglesia, cuya cabeza es el Romano Pontífice. Lo propio han hecho i hacen todos los escritores católicos; porque de otra suerte, serian inconsecuentes e infieles. Yo, que siempre he vivido penetrado de estas ideas, he hecho lo mismo; i ahora seria tachado de inconsecuencia si no sometiera mis escritos a la autoridad de la Iglesia, i no condenara lo que ella condenare. Esta es mi consecuencia.”

jeto dirige todas sus preces, Santísimo Padre, vuestro humilde hijo i siervo en el Señor.—*Frai Vicente Solano.*”

Como habla el Padre Solano en las líneas copiadas, se expresaba el sabio i eminente Fénélon, la gloria mas pura del episcopado frances.

Frai Vicente Solano, sabio profundo i eminente teólogo, era superior hasta no mas al presbítero Vijil, esa parodia ridícula de Lamennais, que hizo tanto papel en la vecina república. Como Vijil, pudo rebelarse, pero él tenia mas conciencia que espíritu de conveniencia, mas fé que orgullo necio; i aunque Solano valia mucho mas que Vijil, Solano dobló, como católico, la cabeza ante el fallo del que es en la tierra órgano de la eterna verdad, miéntras Vijil. . . . Pero ¿a qué hablar de este desgraciado? ¡Dios haya tenido piedad de él! No seremos nosotros los que echemos lodo sobre su tumba. . . .

El Padre Solano con su elevado ingenio supo comprender la grandeza del catolicismo, i por eso fué grande, por eso, en política (salvo sus primeros estravíos monárquicos que, por otra parte, los tenia en compañía de Bolívar i de O'Higgins i muchos otros grandes americanos), tuvo miras fijas hácia donde marchar i supo ser en su patria el infatigable apóstol de la verdadera libertad. . . .

Literato, amó lo bello, difundiendo en su pais las doctrinas del buen gusto. Político, defendió la libertad hermanada con el orden; sacerdote, fué un excelente intérprete de la verdad divina, fraile franciscano, en fin, desdeñó un porvenir de gloria que le ofrecia el gran Luna Pizarro, cuando lo llamaba a Lima, para defender la causa católica haciéndole en esa ocasion las ofertas mas lisonjeras i para tejer la última flor a la corona de su humildad, renunció la mitra por juzgarse indigno de ella.

Esto fué el Padre Solano i con justicia los ecuatorianos entre cuyos literatos se cuenta nada ménos que Olmedo, lo llaman, despues de éste, la primera reputacion literaria de su patria.

AMIR.



LITERATURA AMERICANA. (1)

FEDERICO E. ALEJANDRO, BARON DE HUMBOLDT.

Decia Fontenelle, hablando de Leibnitz, que era un hombre que llevaba delante todas las ciencias. Se puede aplicar este dicho a Humboldt con mucha razon. Astrónomo, jeógrafo, físico, mineralojista, matemático, jeólogo, botánico, zoolojista, químico, historiador. . . . Humboldt, a los veintiocho años de edad, era un sabio completo. Nacido de una familia ilustre i rica de Berlin, léjos de seguir los halagos de la fortuna, se dedicó a cultivar las ciencias, empleando su dinero en hacer colecciones i viajes. Las ciencias le deben mucho, i principalmente su viaje a América le trasmitirá a la posteridad. Reunido con Bonpland, recorrió nuestro continente, haciendo observaciones físicas, jeológicas, botánicas, etc., sin que los objetos mas pequeños se escapasen a su sagacidad. Particularmente la botánica fué enriquecida por él, de suerte que hizo conocer a la Europa mas de cinco mil especies i jéneros, incógnitos ántes de su viaje. Los que le han seguido mui poco han adelantado en los paises equinocciales. Humboldt les ha dejado una cosecha inmensa.

Si como sabio es apreciable, lo es tambien como viajero. ¡Con qué moderacion no habla de los usos i costumbres de los americanos! Mui diferente en esto de otros viajeros, que llenan sus memorias de minucias sobre el culto, sobre las costumbres, sobre los alimentos, etc., de los pueblos que recorren. Piensan que dilátandose en críticas amargas i aglomerando noticias, que poco o nada importan a los sabios, han de hacer el papel de buenos observadores. En Humboldt todo se reduce a la ciencia; i se puede decir que no hai línea en sus escritos que no contenga alguna instruccion útil.

Los americanos jamas deben olvidarse de Humboldt: los escritos de este sabio les han hecho conocer el pais en que viven, como un maestro enseña a sus discípulos los primeros elementos de las artes i ciencias. Humboldt merece una estatua en América.

Cada vez que encuentro una planta en algun lugar designado por él, me viene a la imaginacion su presencia: ¡aquí estuvo

(1) Este i los demas artículos del padre Solano que publicuemos en nuestras columnas se copian de una biografía suya recientemente escrita en la capital del Ecuador. Las notas que los ilustran pertenecen al autor de la Biografía, cuyo nombre ignoramos, por carecer de portada el ejemplar que hemos tenido a la vista.

Humboldt! digo para mí solo, cuando voi en compañía de otros. ¡Gracias a Humboldt, sé la altura en que me hallo con respecto al nivel del mar! No puedo dejar de referir lo que en cierta ocasión me sucedió. Habia leído, en la parte botánica, que entre Burgay i Déleg, se halla una nueva especie de *aralia*, descrita por este sabio con el nombre de *aralia avicenniaefolia*. (2) Por cerciorarme, fuí a buscarla en el sitio donde crece; i, en efecto, la encontré en el punto en que se comienza a descender al lugar llamado *Verdeloma*. Hai allí mucha abundancia de estas plantas, i ellas me excitaron estas reflexiones:—“¡Aquí estuvieron Humboldt i Bonpland! ¿Cuál será la planta que les sirvió de modelo para sus descripciones? ¿o serán otras las que existen ahora? ¡Qué conversacion tan amable no tendría con estos sabios, en esta soledad, sobre las plantas i sobre otras materias!” Confuso con estas ideas, daba vueltas en aquel recinto de *aralias*, i me parecia que en toda aquella colina circulaban los manes de Bonpland i las sombras de Humboldt. Esto me causó tal consternacion, que me apresuré a salir de aquel lugar, corriendo a rienda suelta, hasta que pudo distraerme, en bastante espacio, el encuentro de un amigo.

Los sabios, o no deben nacer, o no deben morir. Para consuelo de las ciencias, vive todavía Humboldt. (3)

REFLEXIONES SOBRE LA POESÍA. 4

La poesía no consiste en hacer versos: éstos no son mas que la parte material, como en la elocuencia la accion. Es verdad que no puede haber poema en prosa, como pretenden algunos; i Voltaire ha tenido razon en decir que los que defienden los poemas en prosa se parecen a aquellos que quisieran una orquesta sin instrumentos. El alma, pues, de la poesía son las imágenes sublimes, que arrebatan i ponen en movimiento todas las pasiones, no de un modo desarreglado, sino conforme a la naturaleza del hombre. La poesía viene de Dios, i no puede ser un don concedido para extraviar la razon i la imaginacion. Así es que los mas grandes poetas siempre se han distinguido, cuando su musa ha sido inspirada por los sentimientos relijiosos. Aun los paganos, en medio de sus errores i supersticiones, no han dejado de comprobar esta verdad. Homero, dicen, compuso su *Iliada*, teniendo a la vista los libros de los judíos, i principalmente el cántico de Débora. Virjilio es llamado por algunos el *poeta recoleto*,

(2) Esta planta fué encontrada por el doctor Jameson en el mismo lugar indicado por el padre Solano, i descrita científicamente en la páj. 284 de la obra que aquél publicó bajo el título *Synopsis plantarum aequatoriensium*.—(Nota del autor de la Biografía.)

(3) Esto se escribia en 1856, i Humboldt murió el 6 de mayo de 1859.—(Nota del autor de la Biografía.)

porque toda su *Eneida* respira el temor de los dioses i la práctica de las virtudes. Estos poetas, como todos los hombres, tenían los sentimientos de una alma *naturalmente cristiana*, segun el pensamiento de Tertuliano.

En el siglo pasado i en el presente han querido desconocer esta verdad; i de aquí ha resultado esa multitud de obras en verso, destituidas de todo lo que se llama verdadera poesía. “Tres musas inmortales, dice un célebre escritor, reinarán sobre todas las jeneraciones poéticas que nos sucedan: la relijion, el amor i la libertad.” La relijion ha sido atacada en verso; el amor cantado de una manera obscena; i la libertad confundida con la licencia. Solamente la fé puede hacer grandiosos estos objetos; o mas bien, la relijion sola puede pintarlos como son en sí. Esta materia ha sido agotada por escritores de primer órden, como Rollin, La Harpe, Chateaubriand, Louth, etc. Sin embargo, yo añadiré algunas reflexiones que he hecho.

Si queremos fijarnos en la idea del escritor ántes citado, a saber, la relijion, el amor i la libertad ¿en qué parte hallaremos imájenes mas sublimes i mas bellas que en los libros sagrados? ¡Qué ideas tan grandes nos suministran ellos de un Dios terrible en sus juicios, misericordioso con los pecadores, revistiéndose él mismo del carácter de pecador, para salvar a los pecadores! La mitología es mui pobre para poseer esta inmensidad de riquezas.

Del amor, se supone casto, presenta modelos acabados la Biblia; i no faltan críticos imparciales que dicen que los mas bellos idilios de Teócrito son una imitacion del *cántico de los cánticos de Salomon*. Virjilio imitó a Teócrito en sus églogas; i así, se puede decir, que estos dos poetas deben a la Escritura sus mas bellas concepciones.

En cuanto a la libertad bien entendida, sin disputa viene de Dios i de la redencion de su Hijo. La filosofía, por el contrario, queriendo ensanchar la libertad, no ha hecho otra cosa que reducir al hombre a la esclavitud, o a una servidumbre vergonzosa. La Escritura, pues, presenta pasajes sublimes de libertad i de patriotismo, dignos de un poeta que aspire a la inmortalidad. ¡Qué palabras, qué hechos, qué sacrificios tan puros, tan patrióticos, no se leen en los libros de los Macabeos! La Harpe ha notado que el salmo 113: *In exitu Israel de Ægipto* . . . es una hermosa oda a la libertad.

Los profetas nos presentan a cada paso rasgos que han causado la admiracion de los mas grandes jenios. Cuando el célebre La-Fontaine leyó, por primera vez, la profecía de Habacuc, quedó estático al contemplar aquellas imájenes brillantes i arrebatadoras que aun no las habia encontrado en los poetas que leía. En efecto, ¿puede darse otra igual a ésta? *Sol et luna steterunt in habitaculo suo, in luce sagitarum tuarum, ibunt in splendore fulgurantis hastæ tuæ*. “El sol i la luna permanecieron quietos en su lugar, por la luz de tus saetas, i caminarán con el esplendor de la lanza

que vislumbra.”—El profeta habla aquí de la interrupcion del curso del sol i de la luna en tiempo de Josué. Nos pinta, pues, estos dos astros detenidos por la sorpresa que les causaba la luz que despedian las saetas i las lanzas que manejaban Josué i los israelistas por órden de Dios. I si hubieran querido caminar el sol i la luna, ya no habria sido para derramar su luz, sino para recibirla de los brillos de las armas israelitas: *ibunt in splendore fulgurantis haste tue*. Justamente se detuvieron como avergonzados. ¡Qué poesía tan sublime!—Aquí nada hai exajerado: Dios despide rayos de indignacion contra sus enemigos, o saetas i lanzas de fuego, segun dice el profeta; i estos rayos, este fuego divino, puede asombrar a todo el universo, i eclipsar los astros mas brillantes.

He citado no mas que un ejemplo, i pudiera citar innumerables, de que están llenos los libros de los profetas. “Si es propio de la poesía, dice La Harpe, animar i personificar todo, se ve que nada es mas poético que el estilo de los salmos i de los profetas.—Todo en ellos toma un alma i un lenguaje.” Las descripciones, las pinturas orijinales, tienen un fondo inagotable en la Sagrada Escritura. Tomemos, por ejemplo, el libro de Job, i en él hallaremos una pintura de la fogosidad del caballo.—Habla Dios i dice: “¿Tú le has dado la fuerza al caballo? ¿Eres tú quien ha formado su larinje para hacer resonar su relincho como un trueno? ¿Serás capaz de hacer saltar al caballo como a un insecto?—El sonido magnífico de sus narices es aterrante. El hiere la tierra con sus piés; juega con su vigor; sale al encuentro de hombres armados; se burla del terror; nada le espanta, i no huye de la espada. No tiene miedo a las flechas que silvan en su circunferencia, ni a la lanza, ni al dardo Olfatea de léjos la batalla, el estruendo de los capitanes i el grito de la victoria”

Veamos ahora lo que dice el *pintor de la naturaleza*, Buffon, en la historia del caballo.—“La mas noble conquista que haya hecho jamas el hombre es la de este altivo i fogoso animal, que divide con él las fatigas de la guerra i la gloria de los combates. Tan intrépido como su dueño, el caballo ve el peligro i lo arrostra; él se acostumbra al estruendo de las armas, lo ama, lo busca i se anima con el mismo ardor que el jinete. Participa tambien de sus placeres en la caza, en el torneo, en la carrera, brillando i electrizándose; pero, tan dócil como valeroso, no se deja llevar de su fogosidad, pues sabe reprimir sus movimientos. No solamente es dócil bajo la mano de aquel que lo gaia, sino que parece consultar sus deseos, i, obedeciendo a las impresiones que él recibe, se precipita, se modera o se detiene, i no obra sino para satisfacerle. Es una criatura que renunciá a su sér para no existir mas que por la voluntad de otro; que sabe aun anticiparse a los deseos del que lo rige; que, por la prontitud i la precision de sus movimientos, la expresa i la ejecuta; que siente tanto cuanto es necesario, i no ejecuta sino lo que se quiere; que, sujetán-

dose sin reserva, no se rehusa a nada, sirve con toda su fuerzas, se excede i muere para mejor obedecer.”

Sin duda esta pintura es mui bella, pero mui inferior a la concision i enerjía del escritor sagrado. No es posible imitar las bellezas bíblicas, sin hacer perder lo sublime de sus descripciones, imájenes i pinturas; pero, tanto el poeta como el artista, necesitan de modelos para acercarse al bello ideal.

Aun los románticos deben sus bellezas a la poesía bíblica. Por ejemplo, Víctor Hugo se formó en la escuela de los poetas cristianos i casi románticos, Lope de Vega i Calderon. Habiendo venido a España con su padre el jeneral Hugo, mui jóven se dedicó a la lectura de los poetas españoles, que le causaron una fuerte impresion; i, volviendo a Francia, comenzó a publicar obras que le han adquirido la reputacion de que goza; pero que no son mas que arroyos, cuya fuente existe en los poetas cristianos españoles. Tal es la noticia que dan algunos biógrafos.

Ninguno, pues, que renuncie a la poesía sagrada llegará a ser un poeta distinguido. La lectura de poetas subalternos, como Meléndez, Arriaza, Moratin, Espronceda, etc., cuando mas formará el gusto de una musa bella, pero no sublime; esto es, si hai jenio, i de lo contrario, quedarán todos en la clase de versificadores vulgares.

FRAI VICENTE SOLANO.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

JOSÉ MANUEL MARROQUIN.

Nació en Bogotá el 7 de agosto de 1827. Cursó humanidades i filosofía, del año de 1840 al de 1845, en el Colejio Seminario, i jurisprudencia en la Universidad nacional, desde 1846 hasta 1849.

Sus trabajos del campo han sido su ocupacion habitual; i en dos haciendas en que ha pasado la mayor parte de su vida, desde que concluyó sus estudios, ha tenido colejio; primero desde 1851 hasta 1857, i despues desde 1867 hasta 1873.

En tiempo de la Confederacion Granadina, fué en una ocasion diputado a la asamblea de la provincia de Bogotá, i en otra a la

de la provincia de Cipaquirá. En 1860 fué miembro del consejo de instruccion pública de Cundinamarca. Despues de la revolucion de 1861, fué nombrado director de la Escuela Normal del Estado.

Ha compuesto un TRATADO DE ORTOGRAFÍA CASTELLANA, un TRATADO DE ORTOLOGÍA, un DICCIONARIO ORTOGRÁFICO i unas LECCIONES DE URBANIDAD ACOMODADAS A LAS COSTUMBRES COLOMBIANAS, obras que han visto la luz pública, i un TRATADO DE MÉTRICA, que se publicará en breve.

Es tambien autor de varias composiciones en verso, de las cuales se han publicado dos colecciones, una que forma parte del PARNASO COLOMBIANO, i otra que la forma de sus OBRAS ESCOJIDAS, libro que actualmente se está publicando.

Ha escrito asimismo muchos opúsculos en prosa, relijiosos, biográficos, bibliográficos i de costumbres, fuera de otros festivos que no pueden clasificarse entre los ya mencionados, i de algunas composiciones dramáticas, que ha hecho para teatros caseros. Estos opúsculos han sido en su mayor parte publicados en varios periódicos, señaladamente en EL MOSAICO, del que fué redactor juntamente con varios amigos suyos. En la citada coleccion de sus OBRAS ESCOJIDAS, se han recojido muchos de los opúsculos en prosa.

El 2 de diciembre de 1870 fué nombrado, por la Academia Española, académico correspondiente, i recibió de la misma corporacion, junto con sus colegas, señores Miguel A. Caro i José M. Vergara i Vergara, el encargo de fundar la Academia Colombiana. En el ANUARIO que está publicando esta Academia, se han insertado algunos de sus mas recientes trabajos literarios.

CÉSAR CONTO.

Nació el año de 1836 en Quibdó, hoi capital del municipio de Atrato (Estado del Cauca.)

Comenzó sus estudios académicos en el colejio de Santa Librada, en Cali, en 1849; i a fines del año 1850 vino a Bogotá, en donde concluyó sus estudios en el colejio del Rosario, graduándose de doctor en jurisprudencia.

En 1857 se trasladó a Cali, en donde estaba establecida su familia, i en aquel lugar, lo mismo que en el de Palmira, desempeñó el destino de juez.

Durante la revolucion del año de 60, en la cual tomó parte a favor de la causa federal, desempeñó los empleos de majistrado del tribunal de Occidente en el Cauca, i fiscal del departamento del mismo nombre.

Terminada la guerra, fué elejido diputado a la lejislatura del mismo Estado, que se reunió en 1863, i representante al congreso

federal; empleo para el cual fué reelejido consecutivamente durante seis años. En los intervalos de las sesiones del congreso desempeñó la secretaría de hacienda i despues la de gobierno del Estado del Cauca, (años 1864 a 67.) En 1871 fué llamado por el jeneral E. Salgar, presidente de la Union, a desempeñar la secretaría del tesoro i crédito nacional; empleo que ejerció hasta el 31 de mayo de 1872; i el 1.º de abril siguiente se posesionó de una de las magistraturas de la corte suprema federal, en virtud de eleccion hecha por las lejislaturas de los Estados. Estando en este puesto, ha sido elejido presidente del Estado soberano del Cauca, por el voto unánime de los municipios que componen aquel Estado.

Redactó en Cali un periódico titulado LA REVOLUCION; i en Popayan EL CAUCANO; i ha sido coloborador de muchos otros. Sus poesías se encuentran en periódicos literarios, especialmente EL MOSAICO, EL IRIS i LA TARDE (de Bogotá) i en LA LIRA (de Cartagena.) Muchas de ellas están reproducidas en periódicos americanos i europeos.

Tiene en prensa, actualmente, un CURSO COMPLETO DE LA LENGUA ITALIANA, SEGUN EL MÉTODO DE ROBERTSON, para el estudio de los que hablan castellano.

CONSTANCIO FRANCO V.

Nació en Vélez (Estado de Santander) el dia 28 de octubre de 1842. Hizo sus estudios en el colejio de La Paz, en Vélez, i en Bogotá, en el colejio del Rosario, en donde permaneció hasta 1860; i tomó parte en la revolucion de aquella época.

En 1868 fué diputado a la asamblea de Cundinamarca; en 1869 ministro del tribunal de cuentas del mismo Estado. Ha sido senador de la república durante dos períodos.

Fué redactor de los siguientes periódicos: EL CENTINELA, EL CIUDADANO, EL REGISTRO DEL ESTADO (años 1872 i 73) i de EL PORVENIR; i ha coloborado en EL COLOMBIANO, el DIARIO DE CUNDINAMARCA i otros.

Es autor de los folletos: LA CUESTION ECONOMICA SOBRE LOS IMPUESTOS, 1871. FILOSOFÍA MORAL; i de un volúmen titulado: ARTÍCULOS DE COSTUMBRES. Tiene inéditos tres dramas: ANDRES CAVALCANTI, EL CONDE DE MONTECRISTO i RAFAEL. Tambien conserva inéditas dos obras, una sobre filosofía moral i otra titulada: ARISTOCRACIA OFICIAL EN COLOMBIA.

Actualmente se ocupa en escribir una obra sobre crédito público, que dará pronto a la luz pública.

ISIDORO LAVERDE A.